

Monografías

En aquellas tinieblas



La autora entrevistando a Stangl

Gitta Sereny

En aquellas tinieblas
De la eutanasia al genocidio

SEGUNDA EDICIÓN

Traducido por
César Armando Gómez Martínez



Unión Editorial

2020

Título original: *Into that Darkness*,
André Deutsch Limited

© 1974 by Gitta Sereny

© 1978, para la edición española
UNIÓN EDITORIAL, S.A.

© 2020, UNIÓN EDITORIAL, S.A. (Segunda edición)
c/ Nicaragua, 17 - 28016 Madrid
Tel.: 913 500 228
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-789-6

Depósito legal: M. [En trámite]-2020

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo a la segunda edición española

Mientras escribimos las líneas que siguen, España se está viendo azotada por la pandemia del COVID-19, que tantas vidas se ha cobrado en todo el mundo. Unos meses que merecerán un capítulo propio, en el futuro, en los libros de Historia, y que están resultando traumáticos para muchos de quienes están sufriendolos.

Hoy tenemos la oportunidad de acercar a nuestros lectores este clásico de Gitta Sereny en su segunda edición. Un libro que, en tiempos de crisis, nos incita a reflexionar sobre la naturaleza del mal y la posibilidad de redimirnos a través de la aceptación de nuestros errores y culpas. Sería mezquino establecer un paralelismo entre el Holocausto judío, cuyo horror emerge con abrumadora fuerza en estas páginas a través de las conversaciones entre Sereny y Franz Stangl —comandante de los campos de Sobibor y Treblinka—, y la situación actual. Pero en ambos casos nos hallamos sometidos a un período aciago que obligará a que, antes o después, se asuman responsabilidades por la irresponsabilidad de quienes han permitido, en nombre de sus consignas ideológicas o de operaciones políticas fuera de lugar, que una situación preocupante se torne desesperada en más de una parte del mundo. No cabe solo referirse a España, sino también a Gran Bretaña, y acaso pronto a otros países que se sumen a los que han demostrado no tanto incapacidad sino despreocupación por la situación.

En aquellas tinieblas nos adentra en un territorio fascinante, pero desafiante por la crudeza de los detalles relatados. Al final del sombrío sendero, hay luz y esperanza para la humanidad. En un mercado saturado de títulos oportunistas a propósito del Holocausto —codificando

el tema hasta un límite que bordea la autoparodia involuntaria—, el libro de Sereny supone un soplo de aire fresco: una meditación acerca de los abismos humanos que vuelve a sacudirnos de la misma manera que lo hizo en su año de publicación, hace ya más de cuatro décadas.

En Madrid, a 20 de marzo de 2020.

Ignacio Pablo Rico Guastavino,
director editorial de Unión Editorial

Índice

CAPÍTULO DE GRACIAS	11
PREFACIO	13
LOS QUE HABLAN	17

PRIMERA PARTE

1.	23
2.	43
3.	52
4.	64
5.	83
6.	85

SEGUNDA PARTE

1.	101
Campo de exterminio de Sobibor	102
2.	110
3.	124
4.	129
5.	142
6.	150

TERCERA PARTE

1.	157
Campo de exterminio de Treblinka	158
2.	170
3.	179
4.	187
5.	199
6.	207
7.	215
8.	216
9.	228
10.	232
11.	238
12.	239
13.	247
14.	252
15.	255
16.	261
17.	266

CUARTA PARTE

1.	281
2.	284
3.	287
4.	292
5.	297
6.	299
7.	305

QUINTA PARTE

1.	319
2.	322

3.	335
4.	339
5.	348
6.	350
7.	357
8.	361

SEXTA PARTE

1.	371
2.	373
3.	384
4.	388
5.	390
6.	395
7.	398
EpÍLOGO.....		403
Mapa de Polonia con los campos de concentración		406

Capítulo de gracias

Estoy en deuda con muchas personas y entidades por su ayuda en la preparación de este libro.

Debo citar, ante todo, a las autoridades judiciales alemanas, que me permitieron visitar a Franz Stangl en la cárcel de Düsseldorf; y en especial al director de esta prisión, Herr Eberhard Mies, y a su esposa, por su amabilidad durante aquellas agotadoras semanas. Estoy muy agradecida a las autoridades polacas por la ayuda que me prestaron en su país, y a los Ministerios austriacos del Interior y de Justicia por las facilidades obtenidas en Viena.

El fiscal Adalbert Rückerl, director de la Jurisdicción Central para la Investigación de los Crímenes Nazis, de Ludwigsburg, y sus colegas no han ahorrado esfuerzo para ayudar me desde que, en 1967, comencé mi investigación sobre el tema para una serie de artículos sobre los procesos de los criminales nazis destinados al *Daily Telegraph Magazine*.

El Instituto de Historia Contemporánea de Munich, y en especial el doctor Lothar Gruchmann, cuya obra sobre la eutanasia en el Tercer Reich, he utilizado en este libro, me proporcionaron un rico material documental. Mi gratitud también al Archivo Federal de Coblenza.

Una deuda especial tengo con la Wiener Library, de Londres, y su expertísimo personal. Creo que ninguna obra seria sobre el nacional-socialismo puede emprenderse sin la ayuda de esta institución única.

Las dos personas que en Alemania occidental saben hoy más sobre aspectos concretos de los crímenes nazis son, en mi opinión, los fiscales Alfred Spiess y Kurt Tegge. Este ha actuado durante años en los procesos de los Einsatzgruppen, en Hamburgo, y Alfred Spiess fue acusador en el juicio por Treblinka, y en el de Stangl, en Düsseldorf. Agradezco a ambos la generosidad con que me han hecho partícipe de sus conocimientos. Ninguna expresión formal de gratitud puede

estar a la altura de la ayuda y el consejo que he recibido de Alfred Spiess. Por supuesto, ni él ni su colega comparten necesariamente mis opiniones o juicios sobre las personas a que este libro se refiere.

Doy las gracias al conde Eduard Raczynski, que fue ministro de Asuntos Exteriores del gobierno polaco en el exilio; a Adam Ciolkosz, antiguo miembro socialista del Parlamento polaco, y a Kazimierz Papée, ex embajador polaco ante la Santa Sede, por su interés en este libro y su considerable ayuda. No menos agradecido estoy al concejal del Ayuntamiento de Viena Herr Hubert Pfoch, por dejarme citar su excepcional diario de los años de la guerra y utilizar las fotografías que de joven tomó en Polonia.

Una especial constancia de gratitud para Horst Münzberger, que me permitió adentrarme en un estremecedor conflicto humano y compar-tirlo brevemente.

Quiero también dar aquí las gracias a los hombres y mujeres que consintieron en hablar conmigo, pero pidieron no ser citados, o para quienes la aparición de sus nombres hubiera supuesto un evidente perjuicio.

GITTA SERENY HONEYMAN
Londres, junio de 1973

Las fotografías de Franz Stangl en la cárcel y hablando con la autora son de Don Honeyman. La de Treblinka en su estado actual pertenece a la colección de Alexander Bernfes.

Prefacio

Mis diálogos con Franz Stangl, comandante de Sobibor y Treblinka, publicados en versión abreviada, en octubre de 1961, en la revista inglesa *Daily Telegraph Magazine* (y más tarde en otras de todo el mundo), constituyen el andamiaje sobre el que he construido este libro, su núcleo; pero son solo una pequeña parte de él.

Concebí la idea de hablar con Stangl cuando, mientras asistía en Alemania a su juicio, en 1970 (como, en el curso de mi trabajo periódico, había asistido a otras vistas contra criminales nazis), me di cuenta de que, aparte su pasado, era, a diferencia de otros muchos a quienes había observado en circunstancias parecidas, persona de cierta inteligencia.

Se trataba del único comandante de un campo de *exterminio* llevado a juicio. Solo cuatro hombres habían desempeñado esa función: uno está muerto, y dos consiguieron desaparecer. Durante años había pensado que, a pesar del gran número de libros y películas consagrados a la época nazi, había toda una dimensión en cuanto a reacciones y comportamientos que aún no habíamos llegado a entender, y que tiene una enorme importancia dadas las presiones y peligros que hoy nos cercan y los que pueden amenazarnos en el futuro. Me parecía esencial intentar al menos una vez, y en lo posible con frialdad y espíritu abierto, penetrar, antes de que fuese demasiado tarde, en la personalidad de un hombre que estuvo íntimamente implicado en la manifestación más absoluta del mal que ha producido nuestra época. Pensaba que era importante conocer las circunstancias que le llevaron a esa implicación, no desde nuestro punto de vista, sino desde el suyo. Existía la posibilidad de ver, mediante el examen de sus motivos y reacciones, tal como él los describía, y no como nosotros los deseábamos o prejuzgábamos, si el mal procede de las circunstancias o es algo innato, y en qué medida es determinado por el propio individuo o por

su entorno. Stangl era el último, el único hombre de ese calibre con el que podía intentarse el experimento.

Mis setenta horas de conversación con él, en alemán, me proporcionaron algunas de las respuestas que buscaba. Pero hacían falta muchas otras para completar el cuadro; no solo porque sus palabras —las de un hombre profundamente trastornado que con frecuencia presentaba claros síntomas de una personalidad dual— tenían que ser valorados a la luz de los hechos históricos y de los recuerdos de quienes le habían conocido, sino también porque pude darme muy bien cuenta de que no es posible juzgar las acciones de un hombre con independencia de los elementos externos que influyen en su vida y la conforman.

Pasé otros dieciocho meses examinando documentos, y buscando en distintos rincones del mundo a hombres y mujeres implicados de uno u otro modo en la historia que me había contado Stangl.

Esa implicación era para algunos muy íntima, como en el caso de su familia, que vive en Brasil y continúa sintiendo por él un gran afecto; espantosa para otros como los hombres de las SS que trabajaron a sus órdenes y hoy se han reintegrado a la sociedad tras cumplir penas de prisión, o los altos oficiales nazis que fueron un día sus superiores; trágica para personas como los supervivientes del campo que, tras escapar milagrosamente, han rehecho sus vidas en diferentes países; y para otros, en fin, marginal, como ocurría con ciertos observadores diplomáticos o testigos inocentes de las catástrofes de la Polonia ocupada por los alemanes. Finalmente, estaban los eclesiásticos que ayudaron a gente como Stangl a escapar de Europa tras el derrumbamiento del Tercer Reich.

Mis charlas con estos sacerdotes, y con otros inclinados a justificar la conducta del papa Pío XII y de sus consejeros, me plantearon un desconcertante conflicto moral, porque soy muy consciente del valor que para la sociedad tiene la continuidad —la estabilidad— que las Iglesias proporcionan, y conozco lo muy vulnerables que hoy son. Sin embargo, era evidente que, a pesar de mi repugnancia a avivar la polémica sobre la actuación del Vaticano y Pío XII durante el período nazi, los hechos tan sombríos como inéditos que mi investigación sacó a luz no podían ser ignorados. Parecía esencial delimitar

las responsabilidades, aunque solo fuese para mostrar que muchos eclesiásticos no compartieron la actitud del Vaticano.

En la medida en que ello es posible para un ser pensante que estuvo intensamente implicado, como la mayor parte de la juventud europea de la época, en los acontecimientos de la segunda guerra mundial, enfoqué mi investigación con el mínimo de prejuicios y la decisión de inquirir sin herir.

Lo cierto es que, a pesar de ello, la mayoría de los hombres y mujeres que accedieron a relatar y examinar, con extraordinaria honestidad y un gran sacrificio de la paz de su ánimo, las experiencias más intensas de su vida, acabaron por revelar hasta lo más profundo de sí mismos, no realmente en aras de mi obra, sino por su propia necesidad de explorar el pasado. He suprimido algunas cosas que podían perjudicarles, o causar daño a otras personas. Con todo, entre una confesión a la que nuestras emociones nos impulsan y el ver los propios pensamientos y angustias en letras de molde hay un gran trecho, para muchos de ellos insospechado. Mi esperanza es que el libro contribuya a la mejor comprensión de cuantos le ayudaron a nacer, y no les cause vergüenza ni dolor.

El tema de este libro se desarrolló y cristalizó gracias a ellos. No pretende ser un relato de horror, aunque el horror resulte inevitable, ni es solo un esfuerzo por comprender a un hombre comprometido de un modo único en la mayor tragedia de nuestro tiempo. Aspira a demostrar la fatal interdependencia de las acciones humanas, y a afirmar la responsabilidad que el hombre tiene de sus actos y de las consecuencias de los mismos.



En tribunales. Franz Stangl, antiguo comandante de las SS en los campos de exterminio de la Alemania nazi de Sobibor y Treblinka.

Los que hablan

Durante mi investigación conversé con muchas más personas de las que cito. Para comodidad del lector, relaciono aquí, bajo seis epígrafes, tan solo a aquellos cuyas palabras contribuyeron más al texto definitivo.

El tema principal

FRANZ STANGL, jefe de Policía en el Instituto de Eutanasia de Schloss Hartheim, noviembre de 1940 febrero de 1942; comandante de Sobibor, marzo-septiembre de 1942; comandante de Treblinka, septiembre de 1942 agosto de 1943. Entrevistado en abril y junio de 1971 en la prisión de Düsseldorf, donde esperaba el resultado de la apelación de su condena a cadena perpetua.

THERESA STANGL, su mujer, entrevistada en su casa de São Bernardo do Campo (Brasil).

HELENE EIDENBÖCK, su cuñada, entrevistada en su domicilio de Viena.

Antiguos miembros de las SS que trabajaron con Stangl

FRANZ SUCHOMEL, que trabajó en el Programa de Eutanasia —sección fotográfica— en 1940-42, y más tarde en Treblinka. Entrevistado en su casa de Altotting (Baviera).

OTTO HORN, que trabajó en el Programa de Eutanasia en 1941, después en Rusia, y, desde septiembre de 1942, en Treblinka. Entrevistado en su domicilio de Berlín occidental.

GUSTAV MÜNZBERGER, que trabajó en el Programa de Eutanasia y, desde agosto de 1942, en Treblinka. Entrevistado en casa de su hijo, en Unterammergau (Baviera).

Supervivientes de los campos de exterminio de Sobibor y Treblinka

STANISLAW SZMAJZNER, superviviente de Sobibor, con quien hablé en Goiania (Brasil), donde es ejecutivo en una fábrica de papel.

RICHARD GLAZAR, superviviente de Treblinka, con quien hablé en su domicilio cerca de Berna (Suiza), donde trabaja en una firma de ingeniería.

SAMUEL RAJZMAN, superviviente de Treblinka, con quien conversé en Montreal, donde tiene una empresa maderera.

BEREK ROJZMAN, con quien hablé en Varsovia, donde trabaja en una fábrica. Es el único superviviente de Treblinka que vive todavía en Polonia, y me acompañó en mi visita al lugar donde estuvo el campo.

JOSEPH SIEDLECKI, superviviente de Treblinka, con quien hablé en su casa del Estado de Nueva York, donde trabaja como *maitre* en un importante establecimiento turístico.

Testigos de acontecimientos relacionados con Sobibor y Treblinka

WLADIMIR GERUNG y su mujer. Wladimir Gerung fue jefe de guardas forestales en Sobibor y tenía a su cargo la custodia del campo. Su mujer vivía a menos de treinta kilómetros de este cuando funcionaba.

HORST MÜNZZBERGER y su mujer. Horst es hijo de Gustav Münzberger, y me ayudó a comprender lo que significa tener por padre al hombre encargado de las cámaras de gas de Treblinka.

HUBERT PFOCH, hoy concejal de Viena, presenció el 21 de agosto de 1942, cuando viajaba como soldado, la llegada de un transporte a Treblinka, y amablemente ha puesto a mi disposición el diario que llevaba en esa época y algunas de las fotografías que tomó.

FRANCISZEK ZABECKI, encargado de tráfico en la estación de Treblinka desde mayo de 1941 hasta después de la demolición del campo.

Miembro del Ejército Interior (la Resistencia polaca), su cometido era informar de los movimientos de tropas alemanas, pero pudo también llevar un registro detallado —y único— de los transportes que pasaban por su estación camino del campo de Treblinka.

En relación con el Programa de Eutanasia

DIETER ALLERS y su mujer. Dieter Allers es un abogado que en diciembre de 1940 fue nombrado jefe administrativo del T4, el organismo que tuvo a su cargo la «Obra General de Sanidad y Asistencia Hospitalaria» (eufemismo que designaba el Programa de Eutanasia), y más tarde —aunque Herr Allers lo niega—, la «Solución Definitiva». Condenado a dos años de prisión en un reciente juicio contra los acusados de eutanasia, ha vuelto ya a su casa de Hamburgo, donde habló con él y su esposa. Frau Allers cumplió su servicio de guerra como secretaria del T4 (y por breve tiempo en el «Instituto» de Eutanasia de Schloss Hartheim). Fue allí donde ella y su marido se conocieron y casaron.

ALBERT HARTL, que abandonó el sacerdocio católico en 1934, ingresó en las SS, donde fue Sturmbannführer (comandante), y en 1935 jefe de Información Eclesiástica del Servicio de Seguridad del Reich, cargo que le hace ser el mejor informado sobre las relaciones entre los nacional-socialistas y las Iglesias a propósito del Programa de Eutanasia.

Acerca de la red de fugas organizada por la Iglesia, católica, en Roma, y de las relaciones entre el Vaticano y la Alemania nazi

MONSEÑOR KARL BAYER, director en Viena de Cáritas Internacional, que desempeñó el mismo puesto en Roma durante el período a que se refiere este libro.

DR. EUGEN DOLLMANN, que fue intérprete de Hitler en Roma y vive ahora en Munich.

MADAME GERTRUDE DUPUIS, que ocupó un importante puesto en la Cruz Roja Internacional de Roma desde antes del comienzo de la segunda guerra mundial.

SU EXCELENCIA MONSIEUR KAZIMIERZ PAPÉE, embajador polaco ante la Santa Sede desde el 14 de julio de 1939 hasta diciembre de 1948, que reside todavía en Roma.

PADRE ANTON WEBER, sacerdote palatino de la Sociedad de San Rafael de Roma, que tuvo a su cargo la ayuda a refugiados y huidos.

MONSEÑOR JAKOB WEINBACHER, obispo auxiliar de Viena, que en 1952 sucedió como rector de Santa María dell'Anima, en Roma, a monseñor Alois Hudal (ya fallecido), de quien Stangl había obtenido un pasaporte de la Cruz Roja y fondos para huir a Siria.

PADRE BURKHART SCHNEIDER, S.J., director del equipo de historiadores jesuitas que tiene a su cargo la publicación vaticana *Actes et Documents du Saint Siègle relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*.

PRIMERA PARTE

1.

Vi por primera vez a Franz Stangl la mañana del viernes 2 de abril de 1971 en un pequeño cuarto que servía de sala de espera y de descanso para los abogados que acudían a la cárcel de apelantes de Düsseldorf. La habitación era del mismo tamaño que las celdas del ala moderna de la prisión, en la que vivía Stangl; con las mismas ventanas enrejadas, la vista estremecedora sobre el patio interior y el mismo mobiliario escueto de pino claro barnizado. Impersonal, neutra, nada había en ella capaz de agradar o edificar, pero tampoco de distraer la mirada o el ánimo. Era el lugar más adecuado para las singulares setenta horas que iba a pasar con aquel hombre tan singular.

Cuando el 22 de diciembre de 1970 el tribunal de Düsseldorf condenó a Stangl a cadena perpetua como corresponsable del asesinato de 900.000 personas durante el desempeño de su cargo de comandante de Treblinka, el «cazador de nazis» Simon Wiesenthal, que había intervenido en su captura, dijo a los reporteros que la condena de Stangl por los alemanes era al menos tan importante como la de Adolf Eichmann por los israelíes. «El caso Stangl —afirmó— ha supuesto para la Alemania occidental el proceso criminal más importante del siglo. Aunque no hubiese hecho en mi vida otra cosa que encontrar a ese malvado, no habría vivido en vano.»

Resultaba difícil relacionar al hombre tranquilo y educado que el director de la prisión me presentó aquella mañana con semejante descripción.

Franz Stangl tenía setenta y tres años. Alto, bien proporcionado, su pelo gris de entradas pronunciadas enmarcaba un rostro con surcos profundos y ojos enrojecidos. Vestía un pantalón de franela gris, camisa blanca, corbata y un jersey gris de punto liso. Cuando le conocí, llevaba cuatro años y dos semanas en la cárcel, prácticamente siempre confinado en solitario. Durante los tres años que duraron los preparativos del juicio, la prisión albergaba también a algunos de sus antiguos subordinados, y se tomaron las mayores precauciones para evitar que se comunicasen. Pero incluso una vez que esos hombres, confirmadas sus condenas, pasaron a una institución penal, él permaneció aislado en su celda de dos por cuatro metros, porque algunos presos jóvenes habían proferido amenazas contra su vida. Solo unos días antes de mi visita su creciente depresión había decidido a las autoridades penitenciarias a concederle un rato de ejercicio diario y algún contacto con presos seleccionados.

— Pero tampoco ahora habla apenas con nadie —me dijo uno de los funcionarios de la cárcel—. Es un solitario.

Pasaba la mayor parte del día leyendo y escuchando la radio en su celda, donde todo aparecía ordenado con inmaculada simetría.

A pesar de esta vida totalmente sedentaria, Stangl era un hombre musculado, con la espalda erguida y, según todas las apariencias, a la vez tranquilo y alerta.

Cambió un apretón de manos con el director de la prisión, Herr Eberhard Mies, un ex abogado, y ambos se hicieron una inclinación de cabeza. Al presentármelo, Stangl volvió a inclinarse, también ahora por pura cortesía, y no deferencia o respeto. Herr Mies le preguntó por su salud. Con voz tranquila y en el dulce alemán de su Austria natal, en el estilo entre culto y familiar que allí se enseña en las escuelas de provincias, Stangl respondió que se sentía mejor.

— Me he apuntado al club de ajedrez, y creo que asistiré a algunas el ases cuando se reanuden después de Pascua. Literatura, seguramente. Será interesante. ¿Van a ser dos veces por semana, no?

Para mi sorpresa, aquello parecía una charla entre iguales. Stangl, muy diferente del «pobre hombre» que me aseguraron iba a encontrar, daba la inquietante impresión de una personalidad con fuerza para imponerse, en el pleno control de sí misma y de cuanto la rodeaba.

Esta impresión persistió en buena parte, a pesar de su evidente recelo ante la conversación que se avecinaba, durante aquella primera mañana. Una vez solos, empezó en seguida a rebatir algunas de las acusaciones hechas durante su juicio. Los argumentos, la fraseología, las palabras mismas, me eran irritantemente familiares, del suyo y de otros juicios por crímenes nazis: no había hecho nada malo; siempre hubo otros por encima de él; se limitó a obedecer órdenes; jamás cometió violencias con nadie. Todo había sido una de tantas tragedias de la guerra, y, por desgracia, las hubo en todas partes.

— Fíjese en Katyn, en Dresden, en Hiroshima, y ahora en Vietnam.

Cuánto sentía, sí; cómo lamentaba lo de ese joven teniente americano que, como él, no había hecho sino obedecer órdenes en Mai Lai, y ahora iba a pagar el pato.

Le escuché durante toda la mañana, sin apenas interrumpirle. Su condena estaba en trámite de apelación, y era evidente que, por consejo ajeno o por propio convencimiento, creía que estas «entrevistas» iban a permitirle —quizá incluso había pensado que tal era su objeto— defender una vez más su causa del único modo que las causas de personas como él lo han sido. El precedente quedó sentado en Nuremberg, donde los argumentos de la defensa en pro de algunos de los acusados se acercaron a veces tanto a algo parecido a la verdad que consiguieron cuando menos sus citar dudas sobre la *cualidad* de sus culpas. Esta técnica fue, a falta de algo mejor, la adoptada después por cuantos les siguieron en el banquillo, cualquiera que fuese su rango o su historial. Pero yo no había ido allí para polemizar.

Poco antes de la pausa para el almuerzo —en la que, se me había advertido, tendría que dejarle cuanto tiempo quisiera para comer y reposar— le dije que, tras haberle escuchado durante dos horas y media, creía conveniente explicarle cuál era realmente mi propósito. Así podría pensar sobre ello y decirme después del almuerzo si quería continuar. Le dije que estaba al cabo de la calle de cuanto me había dicho esa mañana. Todo lo habían dicho ya otros; y yo no quería discutir si era acertado o equivocado; me parecía inútil. Mi visita obedecía a algo muy diferente: quería que hablásemos en serio; que me hablase de su vida de niño, de muchacho, de hombre; de su padre, su madre, sus amigos, su mujer y sus hijos; que me dijese no lo que había hecho o

dejado de hacer, sino lo que amaba y odiaba, y lo que pensaba de las cosas de su vida, que habían acabado por traerlo a donde ahora estaba. Si no quería hacerlo así, si prefería continuar en la misma vena de su recital de aquella mañana, yo le escucharía durante toda la tarde, volvería a Inglaterra, escribiría cualquier cosa sobre la entrevista y allí acabaría todo. Pero si, después de pensarlo, decidía ayudarme a profundizar más en el pasado (en *su* pasado, el de alguien a quien y en quien habían ocurrido cosas que difícilmente podrían sucederle nunca a otro), quizá pudiésemos encontrar juntos algunas verdades nuevas que contribuyesen a entender cosas que aún no habían sido comprendidas. Si esto era posible, estaba dispuesta a permanecer en Düsseldorf cuanto fuese necesario, días e incluso semanas. Le dije también que debía saber desde el principio que yo aborrecía cuanto los nazis habían sostenido y hecho, pero le prometía atenerme exactamente a sus palabras, fueran las que fuesen, y esforzarme, sin tener para nada en cuenta mis sentimientos, en comprender sin prejuicios.

Cuando acabé de hablar no dijo nada y se limitó a asentir con la cabeza; y cuando poco después llegó el celador para conducirlo a su celda, salió de la habitación sin otra despedida que una leve inclinación de cabeza. No tenía la menor seguridad de volver a verle.

Aquel día comí en la cantina y hablé con varios miembros del personal de la cárcel. En seguida me di cuenta de que Stangl les caía bien.

— Si todos fuesen como él, esto sería coser y cantar.

Algunos decían «*Herr* Stangl». Pregunté por aquel «*Herr*» a uno de los más viejos, que se encogió de hombros y me dijo:

— Ahora quieren que los llamemos así... ¡Pues venga «*Herr*»!

El cuerpo de prisiones de Alemania occidental recibe una excelente formación (incluidas doscientas horas de clase de psicología), y casi todos los funcionarios con los que hablé aquel día, y en las semanas que siguieron, me parecieron personas inteligentes y humanitarias, profundamente interesadas por los posibles resultados de mis conversaciones con Stangl. Hablaban con toda franqueza de los conflictos que la presencia de aquel hombre en la prisión provocaba en su ánimo. Muchos de ellos no eran partidarios —como tantas personas en Alemania— de que continuasen los procesos por los crímenes nazis al cabo de tantos años, y algunos me repitieron los mismos sobados argumentos:

nadie en Alemania sabía nada de aquellos horrores, y quien no haya vivido bajo una dictadura no puede entenderlo ni está capacitado para juzgarlo. Al mismo tiempo, casi todos ellos —pues hubo excepciones— concedían a regañadientes que mientras algunos hombres implicados en aquellos actos espantosos estuviesen vivos, sería inmoral cruzarse de brazos. Uno de los que hablaron conmigo aquel primer día tenía veinticuatro años; ni siquiera había nacido en la época de Treblinka.

— Stangl —dijo pensativo— nos impresiona como *hombre*. ¿Comprende a lo que me refiero? Es un ser humano inteligente, no una bestia como Franz. [Kurt Franz, antiguo cocinero, fue el ayudante de Stangl, famoso por su brutalidad, que mandó brevemente y después liquidó Treblinka tras el relevo de Stangl, y ahora cumple condena a cadena perpetua en Alemania occidental.] Quizá —prosiguió— ahora uno de ellos va por fin a tener el valor de explicarle a mi generación cómo un ser humano con mente, corazón y cerebro pudo... no ya «hacer» lo que allí se hizo (no es cosa nuestra decir si un hombre es o no culpable de lo que se le acusa), sino incluso presenciarlo, y consentir en seguir vivo.

Stangl parecía vagamente otro cuando volvieron a conducirlo al pequeño cuarto del segundo piso, a las dos de la tarde. Se había quitado la corbata y soltado el último botón de la camisa, pero seguía con su aspecto atildado; no era aquél el cambio. Estaba tan bien rasurado como por la mañana —probablemente se había dado otra pasada—, pero ya no parecía recién afeitado, ni su piel tan tersa y juvenil. Ya antes había advertido con cierta sorpresa sus grandes manos rojas, porque ofrecían un marcado contraste con el resto de su apariencia y porte; pero ahora, de pronto, me pareció que le sentaba bien, al menos a cierta parte de su persona.

— He pensado en lo que me dijo —rompió a hablar inesperadamente, con voz algo insegura—. Al principio no comprendía..., no entendía bien lo que usted deseaba. Creo que ahora lo entiendo..., y quiero hacerlo. Quiero intentarlo...

Había lágrimas en sus ojos incluso antes de que empezásemos a hablar de su niñez.

— Pensé que solo quería una «entreviú» —dijo, subrayando la manida palabra. Yo tenía cigarrillos ingleses, y tomó uno. Era, según pude

advertir en seguida, fumador en cadena—. Mi infancia... —comenzó, moviendo repetidamente la cabeza—. Le hablaré de ella...

Era de Altmünster, una pequeña población de Austria, y había nacido el 26 de marzo de 1908. Su única hermana tenía entonces diez años, y su madre era todavía joven y bonita; pero su padre era ya de cierta edad.

— Cuando yo nací era guarda nocturno, pero no pensaba ni hablaba más que de la época en que sirvió en los Dragones [uno de los regimientos de élite del Imperio austrohúngaro]. Tenía el uniforme de dragón, siempre como recién planchado y cepillado, colgado en el armario. Le tomé tal asco que llegué a odiar los uniformes. Sabía desde muy pequeño, no recuerdo exactamente cuándo, que mi padre no había querido tenerme. Los oí hablar. Pensaba que yo no era hijo suyo. Creía que mi madre..., ya sabe...

— *Y aun así, ¿era cariñoso con usted?*

Se rió sin alegría.

— Era un auténtico dragón. Nuestra vida parecía la de un regimiento. Yo le tenía un miedo cerval. Recuerdo un día... Tenía yo unos cuatro o cinco años y acababan de comprarme zapatillas nuevas. Era una mañana de invierno. La familia de enfrente se marchaba, y había llegado el coche de la mudanza, que entonces era un carronato tirado por caballos. El cochero había entrado en la casa para ayudar al traslado, y allí estaba aquel maravilloso carro, sin nadie alrededor. Salí corriendo por la nieve, con mis zapatillas nuevas. Me llegaba a media pierna, pero no me importaba. Trepé hasta sentarme en el asiento del cochero, a una altura que me parecía tremenda. Todo cuanto veía desde allí estaba inmóvil, blanco y silencioso. Solo allá, a lo lejos, un punto negro se movía entre la blancura de la nieve recién caída. Yo lo miraba, pero no podía distinguirlo bien; hasta que de pronto me di cuenta de que era mi padre que volvía. Me bajé lo más de prisa que pude y corrí, hundiéndome en la nieve, hasta la cocina, a esconderme detrás de mi madre. Pero él llegó casi al mismo tiempo. «¿Dónde está el chico?», preguntó, y tuve que salir. Me puso sobre sus rodillas y me azotó con el cinto. Se había cortado un dedo días antes y lo llevaba vendado. Me daba tan fuerte que se le abrió la herida y sangraba. Oí a mi madre gritar: «¡Quieto; estás salpicando de sangre las paredes!»

Me contó que cuando él tenía ocho años, dos antes de estallar la I Guerra Mundial, su padre murió de desnutrición.

— Estaba como una espátula; parecía un fantasma, un esqueleto.

Un año más tarde su madre se casó con un viudo, padre de dos hijos.

— Uno de ellos tenía mi edad y nos hicimos inseparables. Lo mataron en 1942.

— *¿Le trataba su padrastro como a un hijo?*

— Era muy bueno... —dijo, y quedó en suspenso—. Aunque yo no era hijo suyo, claro —hizo otra pausa—. Recuerdo que a veces sentía celos de mi hermanastro.

Cuando los dos cumplieron catorce años el padrastro de Stangl quiso que dejaran la escuela y entraran a trabajar en la acería donde él estaba empleado.

— Quería que ganásemos dinero... No pensaba en otra cosa. A Wolfgang, mi hermanastro, no lo importaba; era un viva la virgen; no se preocupaba por nada. Pero yo había pensado trabajar en la cercana fábrica textil; era lo que siempre me gustó, y para ello tenía que cumplir quince años. De modo que conseguí que mi madre y el director de la escuela dijese que debía seguir yendo a clase un año más.

— *¿Tenía muchos amigos?*

— No; pero había aprendido solo a tocar la cítara e ingresé en el club de citaristas.

Rompió a llorar en silencio y se limpió los ojos con el dorso de la mano.

— Perdone...

Dejó la escuela a los quince años y empezó a trabajar como aprendiz de tejedor.

— Terminé el aprendizaje en tres años. Cuando tenía dieciocho y medio aprobé los exámenes, y me convertí en el maestro tejedor más joven de Austria.

Estaba todavía orgulloso de aquel triunfo.

— Seguí trabajando en la fábrica, y a los dos años tenía ya quince obreros a mis órdenes. Ganaba doscientos chelines al mes y daba las cuatro quintas partes a mis padres.

— *¿Solo se quedaba con eso? ¿Era bastante, a sus veinte años?*

Sonrió.

— Ganaba el doble dando clases de cítara por las noches.
— *¿Tenía ya más amigos?*
— No. Pero tenía la cítara. Aprovechando los domingos me construí un Taunus..., un barco de vela.

Rompió de nuevo a llorar, y siguió largo rato.

— Perdone...

— *¿Por qué llora al recordarlo?*

— Fue mi época más feliz.

Sacudía la cabeza una y otra vez con gesto de desconsuelo.

Hacia 1931, con veintitrés años, y ya cinco de maestro tejedor, se dio cuenta de que se hallaba en punto muerto.

— Sin título superior no podía conseguir nuevos ascensos. Pero, ¿iba a seguir toda mi vida haciendo lo mismo? Veía a mi alrededor a hombres de treinta y cinco años que habían empezado a la misma edad que yo y eran ya unos viejos. El trabajo era muy insano. El polvo se metía en los pulmones, y luego el ruido... A menudo me había fijado en los jóvenes policías que veía en la calle: tan fuertes, tan seguros... Ya me comprende... Y tan impecables y elegantes con sus uniformes...

— *Pero usted odiaba los uniformes...*

Pareció sorprendido.

— Aquello..., aquello era diferente.

Pensando en la Austria de los primeros años 30, cuando, a causa de la crisis mundial, se planteó un violento conflicto entre los socialistas y el canciller Dollfuss, nacionalista y ferviente católico, me daba cuenta de cuáles podían ser los motivos de aquella «diferencia». Era una época de constantes disturbios, titulares alarmantes, muchedumbres coléricas, tumultos callejeros, sirenas de la policía, tiroteos y barricadas, y, quizá por contraste con la anarquía ambiente —recordaba mi infancia—, los uniformes parecían atractivos.

Stangl solicitó ingresar en la policía, y lo citaron para una entrevista.

— Fue muy difícil; un verdadero examen.

Meses más tarde, cuando ya había perdido la esperanza, le notificaron que debía presentarse a los pocos días en el Kaplanhof, el cuartel de instrucción de la policía, en Linz, para empezar los cursos.

— Fui a ver al dueño de la fábrica y le expliqué los motivos de mi decisión. Me dijo: «¿Por qué no vino y me lo dijo en vez de andar con secretos? Pensaba mandarlo a estudiar a Viena.»

Volvió a llorar.

— *¿No pudo cambiar de planes al enterarse?*

Movió la cabeza.

— No me lo pidió.

La instrucción de la policía austriaca era dura.

— Lo llamaban la «Escuela de Viena». Eran una partida de sádicos. Nos metían en la cabeza que todos estaban en contra nuestra, que el mundo estaba podrido.

Permaneció un año en la escuela y después inició las prácticas, primero como policía de tráfico y más tarde en el escuadrón de disturbios, hasta graduarse en 1933.

— Incluso entonces teníamos que seguir viviendo en el cuartel. Pero no me importaba. Mi novia, a la que había conocido en el 31, se había marchado a Florencia como niñera de los duques de Corsini. No tenía otra cosa que hacer que trabajar; de modo que me presentaba voluntario para servicios especiales, por las noches y durante los fines de semana.

— *¿Qué clase de servicios especiales?*

Soltó la carcajada.

— Bueno, espantar granujas... Servía de experiencia y sabía que no le vendría mal a mi expediente. Durante el alzamiento socialista de 1934 hubo verdaderas batallas en las calles de Linz. Una vez los socialistas se atrincheraron en el Central Cinema y tuvimos que luchar durante horas para desalojarlos. Fui yo quien echó a los últimos aquella noche, a las once, al cabo de más de doce horas. Me dieron la Medalla de Servicios, de plata.

Durante las semanas siguientes, por terrible que fuese lo que estaba contando, Stangl volvería una y otra vez a la jerga policiaca. «*Der war ein Strolch*», «era un granuja», decía, aplicando indistintamente el calificativo, casi afectuoso, a las más diversas gentes y épocas; primero a políticos y bribones austriacos; después a alemanes y polacos, cristianos y judíos.

En julio de 1934 fue asesinado el canciller austriaco Dollfus.

— Fueron los nazis, *claro* —dijo Stangl, en un tono que no dejaba duda de que, como buen policía austriaco, había condenado

automáticamente aquel acto. Pocos días después del asesinato Stangl encontró un escondite de armas nazis en un bosque, hecho que tres meses más tarde le valió una condecoración —el Aguila Austriaca con cinta verde y blanca— y un puesto en la Escuela de Policía.

— Allí empezó todo —dijo, ceñudo. Aquella medalla y la razón por la que se la dieron, me explicó, iban a pender sobre él como una espada de Damocles durante años. La instrucción en la Escuela de Policía era «de una intensidad increíble»—. Veintiún profesores para diecinueve estudiantes. Pero para mí, ahora lo sé —afirmó con melancolía— fue el primer paso hacia el desastre.

En el otoño de 1935 fue trasladado a la brigada política, en Wels, a treinta minutos de tren de Linz (la capital de la provincia), y en aquella época, tres años antes del Anschluss —la anexión de Austria por Alemania en marzo de 1938—, un foco de actividades nazis ilegales.

— Acababa de casarme y Wels era un sitio muy agradable para vivir. Y el sueldo representaba una fortuna para un hombre de menos de treinta años.

— *¿Cuál era su trabajo en el nuevo puesto?*

— Bueno, ya sabe cómo estaba Austria entonces. Teníamos que investigar las actividades antigubernamentales de unos y otros: socialdemócratas, comunistas y nazis.

Como *Kriminalbeamter* —funcionario del cuerpo de policía— vestía de paisano.

— *Pero quizá tratándose de Wels, y pensando como muchos de ustedes pensaban acerca de las nazis, serían algo menos severos con ellos que con los demás, los tratarían de otro modo...*

— Entre los dieciocho hombres del departamento había, desde luego, quienes estaban a favor de los nazis —respondió en tono informativo—. Pero, en general, la policía austriaca era muy profesional. Nuestro trabajo consistía en mantener la ley, y, en conjunto, eso era lo que hacíamos, sin importarnos quién fuese el infractor.

— *Pero sin duda, un hombre inteligente, en medio del torbellino político de la Austria de entonces, no podía dejar de formarse sus propias ideas. ¿Qué pensaba usted de los nazis?*

Tenía Stangl una costumbre muy curiosa, que iba a hacerme familiar a medida que transcurriesen nuestras charlas, y era la de pasar del

correcto alemán que solía emplear al habla popular de su infancia cada vez que había de enfrentarse con preguntas difíciles. Se veía que no era un acto consciente, ni significaba necesariamente que estuviese mintiendo. En realidad solía ser al decir una verdad difícil cuando se refugiaba instintivamente en el lenguaje «acogedor» y los modismos de su infancia.

— Sabe..., aparte de cumplir con mi trabajo, aquello no me interesaba gran cosa. Recuerde que acababa de casarme. Tenía, por primera vez, casa propia, y lo único que quería era poder cerrar la puerta y quedarme a solas con mi mujer. Estaba loco por ello. Realmente yo no era político. Sé que ahora resulta difícil creerlo, pero es la verdad. Era solo un funcionario de policía que cumplía con mi deber.

— *¿Y le gustaba ese deber?*

— Sí, me gustaba. Pero entonces no tenía nada de malo, ni siquiera de emocionante. Era solo un trabajo que uno trataba de hacer todo lo correctamente —lo amablemente, si usted quiere— posible. Aunque, claro está, la manera en que uno lo hacía no podía estar del todo aislada de las circunstancias.

— *¿Las circunstancias?*

— Bueno..., hasta principios de 1937 el ministro del Interior era un antinazi notorio, el doctor Bayer. Pero a comienzos de aquella primavera —justo un año antes del Anschluss— lo destituyeron, y hubo cambios de arriba abajo. El nuevo jefe de policía era un tal Rubisch, y en seguida nos hizo saber —en la primera reunión general— que a partir de aquel momento nuestra actitud hacia los nazis tenía que cambiar. Y, por supuesto, un año después, en marzo de 1938, cambió todo.

— *¿Sabía usted que los alemanes iban a entrar en Austria ese día?*

— ¡Oh, no! —se apresuró a replicar—. Supongo que algunos de los nuestros lo sabrían; pero yo no. No tiene usted idea de lo organizados que estaban, ni del pánico que nos entró de pronto.

Al hablar de aquella época, Stangl mostraba una memoria prodigiosa. Cuando llegó a los levantamientos socialistas de febrero de 1934 había mencionado dieciséis nombres, la mayoría de personas que se habían cruzado solo brevemente en su camino. A la mitad del tercer día mi lista de nombres llegaba ya a cuarenta y cuatro, y dejé de contarlos.

— Lo que nos afectó mucho —prosiguió— fue el llamamiento que el cardenal Innitzer hizo a los católicos para que cooperasen. Y, por supuesto, el que Schuschnigg [que había sucedido a Dollfuss como canciller] cediese tan pronto. Yo sentía sobre todo miedo. ¿Recuerda aquella medalla que me habían dado, el Aguila? Nos la habían impuesto a cinco. Los nazis entraron el 13 de marzo, el 14 detuvieron a dos de los cinco, y pocos días después al tercero. Solo quedábamos mi amigo Ludwig Werner y yo. Entre tanto, en Linz habían ejecutado a dos de los jefes de nuestro departamento, personas a las que habíamos visto pocos días antes. Sin juicio ni nada..., simplemente los fusilaron. Otro, también amigo mío, estaba asimismo detenido. Y al doctor Bayer, ex ministro, lo mandaron a un campo de concentración. Ayudé a sacarlo de Buchenwald más tarde¹. Uno de nuestros jefes acostumbraba a criticar abiertamente a los nazis. Solíamos preguntarnos entre nosotros cómo evitarlo. Pero, ¿cómo advertir a un superior? Recuerdo, que uno de los de mi sección —un tal Schlammer— me dijo: «Será mejor que dejes que tu Aguila se largue volando por la ventana»². Ludwig Werner y yo estábamos medio locos. Nos habían dado a todos un cuestionario para rellenar. Una de las preguntas —la más importante, creíamos— era si habíamos sido miembros del partido nazi ilegal. Werner decía que teníamos que hacer algo, que no podíamos sentarnos a esperar a que nos cazasen. Decidimos que lo primero era deshacernos de las fichas. Teníamos un fichero con los datos de cuantas personas del distrito eran sospechosas de simpatías nazis, sozis, [socialistas] o comunistas. De modo que lo primero que hicimos fue tirar las fichas por el retrete.

— *¿Todas?*

— No, solo las de los nazis. Y después Werner se acordó de un abogado que había sido miembro de la organización clandestina nazi y a quien él y otro colega habían ayudado no hacía mucho...

— *¿Qué quiere decir «ayudado»?*

— Lo que a veces se hacía antes del 38... Avisar a alguien de que se sospechaba de él y debía tener cuidado.

¹ No he podido confirmar este extremo. G.S.

² Tras la muerte de Stangl encontré en su celda un trozo de papel en el que había anotado una corrección: ese hombre no se llamaba Schlammer, sino Hermann Treidl.

— *¿A los nazis?*

— Nazis o no. Cualquiera que fuese buena persona, que lo mereciese...

No era una explicación muy convincente; pero desde el comienzo me había dado cuenta de que, salvo en muy raras ocasiones, era esencial dejarle proseguir el relato a su modo, sin mostrarse escéptico ni interrumpirle con comentarios.

— Werner pensaba que podíamos pedir a aquel abogado —el doctor Bruno Wille— que dijera que sabía que habíamos sido miembros del Partido clandestino.

— *¿Y resultó?*

— Sí. Werner fue a verle, y él dijo que lo arreglaría para que nuestros nombres apareciesen en las listas del Partido ilegal desde dos años antes. Después llenamos el cuestionario y pusimos que éramos miembros del Partido desde 1936.

— *¿Y no era verdad?*

Movió la cabeza.

— No.

La cuestión de su pertenencia al Partido nazi clandestino había sido objeto de amplia discusión en el juicio de Stangl, y lo más discutido fue la afirmación del fiscal de que antes del Anschluss había contribuido a un fondo de ayuda a los detenidos nazis, y que esto era importante para probar su pertenencia al Partido.

— *¿Qué hay de los donativos que se supone hizo usted a un fondo de ayuda a los nazis?*

— Sí; contribuí a un fondo de ayuda. Durante la primera semana en mi nuevo destino, un día llegó el jefe con una chica y nos la presentó a Werner y a mí, diciéndonos que recaudaba fondos para las familias de los presos políticos.

Ludwig Werner, interrogado en Austria en 1968, poco antes de su muerte por causas naturales, se mostró evasivo en cuanto al alcance de su «amistad» con Stangl y el posible conocimiento de sus opiniones y sus actos. Por su parte, fue relevado de sus funciones el 22 de octubre de 1939, y detenido el 14 de noviembre bajo la acusación de oponerse al Partido nazi y tener tratos financieros con un judío. Enviado al campo

de concentración de Sachsenhausen permaneció allí hasta abril de 1941, y después él y su familia (como solía hacerse con los sospechosos políticos) fueron confinados en Bohemia, donde trabajó en un empleo civil hasta ser movilizado en 1943 para el frente oriental. Prisionero de guerra en Rusia desde 1944 hasta 1948, volvió a trabajar como funcionario de policía en Leoben (Austria), hasta su jubilación en 1965. No se consideraba amigo de Stangl, pero tampoco habían sido enemigos. No recordaba si habían discutido alguna vez cuestiones políticas; por tanto, no podía decir cuál era la actitud de Stangl hacia el nacionalsocialismo. «Pero en aquella época —poco antes del Anschluss— simpatizábamos con el Partido nazi. No me refiero solo a los de la Escuela de Policía, sino a la población en general.» En cuanto al cuestionario dijo que muchos «pusieron cosas que no eran exactas. Temíamos que nos expulsasen». Sí, recordaba al doctor Bruno Wille. «Pertenece a una firma de abogados», se limitó a decir, y no pude sacarle más. En cuanto al fondo de ayuda no podía asegurar que Stangl hubiese contribuido a él. Ni siquiera recordaba si ese fondo había existido, de modo que no pudo decir si era para presos políticos nazis o de otros partidos.

— Aquel día, una vez arreglado el asunto con el doctor Wille, volví a casa tremendamente aliviado. Estaba tan agradecido a Ludwig Werner por haber encontrado aquella solución... No se hace usted idea. El caso es que, apenas llegué a casa, se lo conté a mi mujer. Pensaba que se sentiría tan aliviada como yo...

De pronto rompió otra vez a llorar, pero ahora de otro modo, con los profundos sollozos de quien revive un dolor largo tiempo olvidado.

— *¿Qué pasó?*

— Ella los odiaba —prosiguió al fin—. Somos católicos, claro, y ella es muy devota, lo ha sido siempre. Se puso hecha una fiera. «Me has traicionado con esos puercos», gritaba, y de pronto me di cuenta de que no me creía. Pensaba que yo había pertenecido realmente al partido nazi clandestino. ¡Dios mío...!

Siguió llorando largo rato.

— *¿Acabó usted por convencerla?*

— Tardé mucho..., me costó mucho tiempo.

Se notaba que no estaba seguro de haberlo conseguido.

Y así era. No fue solo el tribunal de Düsseldorf el que, al cabo de treinta y dos años, no creyó su afirmación de no haber sido nazi «clandestino». Meses después de mi primera entrevista con Stangl su mujer iba a repetirme, en Brasil, que no le había creído.

— No, naturalmente no lo dije cuando tuve que declarar en el juicio. ¿Cómo iba a hacerlo? Si mi marido no le hubiese hablado de ello es posible que tampoco yo lo hubiera admitido. Pero puesto que se lo dijo —y de ese modo—, hoy, por vez primera, pienso que quizá me dijese la verdad entonces..., quizá no hubiera sido nazi.

Y también ella se echó a llorar.

La hermana de Frau Stangl, Helene Eidenböck, que vive en Viena, no tiene la menor duda.

— Sí, creo que fue «clandestino»... Todos lo eran en esa parte de Austria. De lo contrario no hubiese prosperado tan de prisa. Y eso es lo que los dos querían..., subir.

Y el antiguo SS Franz Suchomel, que trabajó a las órdenes de Stangl en Treblinka y hoy vive, tras cuatro años de cárcel, en el sur de Alemania, aseguró:

— El propio Stangl me dijo que había sido «clandestino». Llevaba en la guerrera el distintivo de los «Viejos Luchadores», que no era tan fácil de conseguir.

Ninguna de estas dos últimas opiniones prueba necesariamente que Stangl mintiese, pues evidentemente, si lo que me contó era cierto, el haber figurado su nombre en la lista de los «clandestinos» le hubiese permitido incluir el hecho en su historial y disfrutar automáticamente los privilegios a ello anejos; mientras cabe pensar que dijera a Suchomel que había pertenecido al Partido porque quería afirmar su situación haciendo que corriese la noticia. Lo que todo ello prueba, en cualquier caso, es que tanto su familia como sus compañeros lo tenían por un nazi no reclutado, sino voluntario.

Cuanto más avanzaba en su relato emergía con mayor claridad el cuadro de la fatal compenetración de su carácter con el curso de los acontecimientos.

— *¿Cuál fue su primer contacto, concreto con la situación de los judíos en Austria después del Anschluss?*

— En aquella época decían que lo que querían era obligarlos a emigrar, solo a marcharse.

— *¿Y cree usted que era así?*

— Lo era. Habían establecido, una sección especial de la Gestapo para la «acción judía» —la Sección IIB2—, en la que abrieron un registro de los judíos y sus bienes. [En Viena ese departamento tenía al frente a Eichmann. Toda la investigación sobre el tema tiende a confirmar que la «Solución definitiva» —el exterminio físico de los judíos— no fue propuesta, ni probablemente considerada siquiera —salvo, quizá, en conversaciones privadas entre Hitler y Heydrich— hasta 1940.]

— *¿Qué tenía que ver usted con la Sección IIB2?*

— En principio, nada. Yo estaba en la sección política, la 2C. Pero creo que sabían cómo pensaba. Vamos, que no estaba realmente con ellos. Porque tras la Kristallnacht austriaca³, el Gauleiter —Eigruber— me llamó y me aconsejó tener la boca cerrada y ayudar a la IIB2 siempre que me lo pidieran.

— *¿Y aquello no le pareció lo bastante amenazador para comprender que era el momento de dejarlo?*

— No; entonces no resultaba amenazador, y tampoco se trataba de «dejarlo». ¡Si hubiera sido tan sencillo! En aquella época oíamos a diario que Fulano y Mengano habían sido detenidos, enviados a un KZ [campo de concentración] o fusilados. No se trataba de elegir entre seguir o no seguir en nuestra profesión. Era ya una cuestión de vida o muerte.

— *Entonces, ¿cuál fue en definitiva su primer contacto directo con las medidas, cualesquiera que fuesen, que se estaban aplicando a los judíos?*

— Fue después de lo de los Sudetes⁴. Me ordenaron acompañar al presidente del Consejo Judío a Bohemia. Querían que averiguásemos cuántos judíos vivían allí todavía y qué bienes poseían. Fuimos cuatro: yo y uno de mis subordinados; Hirschfeld, el presidente —excelente persona— y su secretario, un muchacho llamado Hunger.

³ La «Noche de los cristales rotos», en el otoño de 1938, cuando las tiendas judías de toda Alemania fueron destrozadas y las sinagogas incendiadas.

⁴ Octubre de 1938, cuando los alemanes invadieron la región fronteriza checa de los Sudetes.

— *¿Cómo hicieron el viaje?*

— En coche.

— *Pero supongo que tendrían que hacer noche en alguna parte. ¿Cómo lo organizaron?*

— Estuvimos juntos en un hotel. Comimos juntos. ¿Cómo podría explicarle...? Era todo de lo más sencillo, y entre amigos. Como le digo, Hirschfeld era una excelente persona. Tenía un trabajo muy difícil. El judío que quería emigrar perdía sus bienes. Pero también tenían que pagar una cierta suma — «impuesto», lo llamaban— para que les permitiesen salir. Era Hirschfeld quien tenía que encontrar el dinero para los judíos sin recursos. En aquel viaje me contó muchas historias de lo que le costaba conseguir que los ricos le diesen dinero para los pobres. Después, durante mucho tiempo, siempre acudía a mí cuando necesitaba ayuda, porque sabía que haría cuanto pudiese.

— *¿Sabe qué fue de él?*

— No estoy seguro —dijo vagamente—. Creo que alguien me dijo que se había ido a América.

Efectivamente, Max Hirschfeld marchó a Norteamérica en diciembre de 1939, y vive en San Francisco. No quiso asistir al juicio de Stangl y le tomaron declaración en San Francisco (esto ocurrió en varios casos, cuando el testigo no podía o no quería ir a Alemania). Hirschfeld me confirmó el viaje en coche a Bohemia, o, más exactamente, dijo que los viajes fueron dos, y durante un solo día. «Comimos juntos, y pagué la cuenta de todos por propia iniciativa.» Negó haber visitado a Stangl en su despacho, y dijo que por encima de él había otros dos funcionarios, Botke y Greil, y que este último los había acompañado también en los viajes a Bohemia. Stangl, me dijo Hirschfeld, no tenía autoridad, y recibía órdenes de estos dos. «Su despacho estaba junto al de Botke; fue a este a quien visité, y Stangl pudo oír lo que tratamos.»

La defensa sugirió que Hirschfeld había mandado a Stangl una postal desde Estados Unidos, pero Hirschfeld aseguró que esto no era verdad, aunque sí había enviado una a Greil, que tenía con él «buenas relaciones» y le había repetidamente ayudado. No obstante, también dijo que Stangl no había sido, descortés con él. «Me llamaba “Hirschfeld”, pero era la costumbre; nunca me tuteó ni me llamó “judío”. Eichmann

era diferente..., siempre se dirigía a mí en tercera persona... Calificar de “amistosos” mis relaciones con Stangl es exagerado; pero sí diría que podía hablar con él con mayor libertad que con otros funcionarios de aquel departamento.»

En enero de 1939, poco después de que la brigada política de la policía hubiese sido absorbida por la Gestapo, aquella sección del departamento de policía de Wels fue transferida al cuartel general de la Gestapo en la capital de la provincia, Linz.

— Pero seguíamos con nuestro piso de Wels —me dijo Stangl—, de modo que yo iba a dormir allí a diario. Ahora nuestro jefe era un alemán, un terrible reaccionario de Munich, Georg Prohaska. Le odié en seguida. Poco después de nuestro traslado llegó alguien de Berlín y, «en nombre del Führer» [dijo esto en tono de burla], nos comunicó nuestros nuevos grados. A mí me nombraron, «en nombre del Führer», *Kriminalassistent*. Pero no me hacían ningún favor; me degradaban, en vez de ascenderme. En Austria un *Kriminalbeamter* —lo que yo era— está en el escalafón y tiene derecho a un retiro. En la policía alemana un *Kriminalassistent* no es nada. Solo, un interino.

— ¿Rectificaron?

— Sí, a las pocas semanas. Reconocieron que habían cometido un error y confirmaron mi categoría de *Beamter auf Lebenszeit* [funcionario civil de plantilla]. Y me ascendieron a *Kriminaloberassistent*, el equivalente alemán del puesto al que hubiese ascendido en Austria⁵. Pero Prohaska se había dado cuenta de que yo no era alguien con quien se pudiese jugar y desde ese momento me odió y me hizo la vida imposible. Fue poco después de esto cuando me ordenaron firmar un papel declarando que estaba dispuesto a abandonar mi religión.

— ¿Qué decía exactamente el papel?

— Decía que yo declaraba ser *Gottgläubiger* [creyente], pero estaba dispuesto a romper mis relaciones con la Iglesia.

⁵ Esto parecería indicar que el rango que le dieron en un principio era el equivalente del que tenía en la policía austriaca, y es interesante advertir que, a pesar de ello, su protesta tuvo éxito.

— *¿Qué representaba para usted esa firma? ¿Se sentía muy ligado a la Iglesia?*

— Bueno..., desde luego, he sido siempre católico...

— *¿Pero...?*

No respondí.

— *¿Iba usted regularmente a la iglesia?*

— Mi mujer y los niños iban siempre.

— *Sí; pero ¿usted?*

— No —dijo al fin—. Iba por Navidad, claro, y en Pascua...

— *Entonces, firmar aquel documento no le era realmente tan difícil...*

— No me gustaba.

Para un hombre de la personalidad de Stangl, cualquiera que fuese su actitud religiosa, la Iglesia tiene un tremendo significado como símbolo de respetabilidad y posición. También cualquier documento oficial es para él algo de suma importancia. Por eso no cabe duda de que aquella firma fue un paso decisivo, en el proceso de su corrupción. Frau Stangl me confirmaría más tarde su importancia.

Pregunté a Stangl si lo había considerado como un compromiso al que le empujaba la necesidad de conservar su puesto.

— No solo mi puesto. Era mucho más, como ya le dije. Para entonces me había enterado de que mi nombre figuró al principio en la lista de los policías que debían ser fusilados después del Anschluss. Pero, además, estaba en curso un expediente contra mí por la detención de un cazador furtivo que resultó ser un alto miembro del Partido.

— *¿Cómo llegó un caso de esa especie a manos de la policía política?*

— Porque la policía de Gúsen —que era el lugar de los hechos— había informado a nuestro Departamento de que varias personas de la localidad acusaban al jefe local de caza furtiva a gran escala, y que, como miembro del Partido, no se sentía competente para actuar contra él. Lo que querían decir era que estaban muertos de miedo. Fui a hablar con él y a echar una mirada a su casa, y encontré todos los chismes del oficio..., ya sabe, trampas y demás. De modo que lo detuve y me metí en el atoladero. En Linz, Prohaska me puso pingando. ¿Cómo me atrevía a acusar a un miembro del Partido? Le dije que para mí un granuja era un granuja, quienquiera que fuese, y me abrieron expediente. Fue todo cosa de Prohaska... Me tenía...

A menudo interrumpía una frase, dejando, que el tono de su voz expresara sus sentimientos.

Resulta difícil comprobar el papel capital que Stangl atribuía a Prohaska. Su mujer recuerda claramente que «en Linz era desde luego con ese Prohaska con quien tuvo problemas desde el principio»; pero el «amigo» y colega de Stangl, Ludwig Werner, aun afirmando que no le gustaba Prohaska, que era «un bárbaro zafio y cerril», no recordaba si hostigaba a Stangl. En el juicio uno de los testigos de la defensa —una mujer llamada Helene de Lorenzo, que, cuando tuvo dificultades con las autoridades nazis de Linz en 1938-39, encontró ayuda en Stangl— había formado «la mejor impresión» del acusado, y *estaba* segura de que Prohaska era conocido en Linz como uno de los miembros más temidos de la Gestapo. En cuanto a Prohaska, que en la época del juicio trabajaba en Munich como viajante, sufría de la acostumbrada amnesia parcial, y solo declaró: «No puedo decir con certeza si el acusado era subordinado mío en la policía. Sé que no me gustaba porque no era persona en quien se pudiera confiar.»

— Después del traslado a Linz —continuó Stangl— cambió totalmente el ambiente en las oficinas y en todas nuestras relaciones.

— *¿Qué ocurría? ¿Desconfianza mutua? ¿Envidias?*

— Todo eso y más. Cundían los rumores alarmantes. No se oía otra cosa que «han detenido a este, han fusilado a aquél, Fulano está en la lista negra, Mengano anda por la cuerda floja...». Yo mismo estaba completamente seguro de que seguían teniéndome entre ceja y ceja por lo del Aguila. Y después..., ¡cómo hablaban! Era..., aquello se había convertido... ¿Cómo podría explicárselo...?

— *Sí; ¿cuál era la diferencia con la manera de hablar de antes?*

— ¿Diferencia? Era como... Antes éramos funcionarios y hablábamos como personas civilizadas. Ahora, con la llegada de todos aquellos *Piefkes* [slang austriaco equivalente a *Krauts*, berzas], lo único que se oía era el lenguaje de alcantarilla de los cuarteles. Y las gentes de las que hablaban así no eran delincuentes. Eran hombres a los que habíamos admirado, respetado, y ahora, de pronto... —aún parecía asombrado—... se convertían en gentuza. Recuerdo una vez en que estaban hablando del doctor Berlinger, uno de nuestros jefes antes del Anschluss [más tarde diría que no estaba seguro de este nombre]. Lo

habían detenido y uno de ellos —en el cuarto de guardia— contaba cómo le habían interrogado...

Se interrumpió violento.

— *¿Lo habían maltratado?*

Apartó la vista.

— Se reían y decían: «Se meó todo.»

Volvió a mirarme.

— Imagínese, *el doctor Berlinger*. Odio..., odio a los alemanes —exclamó de pronto con vehemencia— por lo que me arrastraron a hacer. Debí matarme en 1938.

Lo dijo sin sensiblería; se limitaba a expresar un hecho.

— Allí empezó todo para mí. Debo admitir mi culpa.

Esta fue, al segundo día de nuestras charlas, la única vez en que Stangl aceptó directamente culpa alguna hasta casi el final. En su mente los acontecimientos posteriores de su vida —a los que nos acercábamos— eran inseparables de estos comienzos. El reconocer voluntariamente su culpa en las faltas relativamente inocuas de esta etapa se debía, creo, a que quería y necesitaba decir «soy culpable», pero no podía pronunciar tales palabras hablando del asesinato de 400.000, 750.000, 900.000 ó 1.200.000 personas (tanto las cifras oficiales como las de otras procedencias varían según las diversas fuentes). Por eso trataba de encontrar un sustitutivo admisible del que pudiera permitirse declararse responsable. Nadie que no sea un monstruo y haya *participado realmente* en tales hechos (sin «limitarse» a organizarlos desde lejos) puede admitir su culpa y, como decía el joven funcionario de prisiones de Düsseldorf, «consentir en seguir vivo».

2.

¿Podemos comprender a un hombre, sus actos, sin tener en cuenta su infancia, juventud y madurez, las personas que le amaron u odiaron y aquellas a las que él amó y necesitó? Stangl había dicho que «lo único que quería» era estar a solas con su mujer, y sus primeras lágrimas profundas brotaron al recordar el primer disgusto serio con ella, cuando